



comprometida. La emprendió llevando en tal estado de desmoralizacion sus soldados, que la voladura de un carro de municiones primero y despues, en Manzanares, la falsa voz de la intermediacion del enemigo, bastaron para originar una dispersion horrible que no se detuvo hasta Somosierra. Quedaron de los españoles en el campo cuatro mil hombres: de los franceses la mitad.

Así por todas partes con igual desgracia vino á terminar la nombrada campaña de Talavera, tan estéril en ventajas como copiosa fué en sangre y pudo serlo en glorias tambien. Wellington, que aún conservaba algun prestigio, fresca en la memoria la batalla del Alberche, acabó de perderlo al verle retroceder el 23 desde Jaraicejo hasta Badajoz, y repartir por sus inmediaciones y las fronteras de Portugal su ejército.

Disculpóse constantemente Wellington con la falta de subsistencias para sus tropas, llegando á ser ésta una cuestion que agrió mucho los ánimos. La falta existía, sin duda, hija en parte de las circunstancias generales de la nacion, en parte de la grande acumulacion de gruesos ejércitos en el país que recorrió, y tambien del atraso de la administracion militar en España. La junta central no debió contentarse

con expedir órdenes á las juntas de las provincias ocupadas y enviar comisionados, más ó ménos entendidos y probos, porque el país nunca podria suministrar lo que no tenia. Pero tampoco los ingleses debieron desconocer la situacion de un pueblo en guerra universal, ni contar jamás con una asistencia mejor que la que habia tenido en Portugal, donde puede asegurarse que así regian su gobierno como mandaban sus tropas. Con razon orgullosos los españoles les mostraban sus soldados, aquejados de iguales privaciones, mal vestidos y maltratados, sufrir en silencio y resignacion lo que á ellos hacia exclamar con tanta acrimonia.

La llegada á Sevilla del hermano de Wellington, el marqués de Wellesley, como embajador de Inglaterra en reemplazo de Mr. Freyre, hizo esperar que se acabarían las quejas. Un plan se trazó en efecto de suministros entre la junta y el nuevo ministerio; pero éste al extenderlo creia hallarse en medio de una nacion tan adelantada como la suya, abundante en trasportes y comunicaciones, y aquélla, ó con malicia le dejó providenciar, ó olvidó que su poder no alcanzaba á vencer la fuerza de ciertas condiciones de su situacion y de la del país.

El ejército de la izquierda avanza á Ciudad-Rodrigo: primera defensa de Astorga: victoria de Tamames.—La junta central proyecta la reconquista de Madrid: Egüía reúne los ejércitos de Extremadura y la Mancha: se retira á Sierra-Morena, y es reemplazado por Areizaga: desastrosa batalla de Ocaña.—El duque del Parque vence en Medina del Campo, y es vencido en Alba de Tormes.—Triste perspectiva general de la guerra.

CAPÍTULO XXV

El éxito malaventurado de la campaña de Talavera produjo una paralización, aunque breve, entonces trascendental en las operaciones de la guerra. Se habian fundado tantas esperanzas en la union de los ejércitos aliados, que al verlos retirarse vencedores, se reanimó la natural prevencion del pueblo contra los extranjeros y el disculpable orgullo de lidiar y vencer con sólo nuestros esfuerzos. Difundieronse las guerrillas, y se fijaron todas las miradas en el ejército de la izquierda, salido de la insurreccion de Galicia y Asturias.

Cuando la Romana se separó de él en Astorga para ocupar un puesto en la junta central, pasó á Ciudad-Rodrigo á ponerse bajo las órdenes del duque del Parque. No iba completo, pues se habia quedado en los puertos de Manzanal y Fuencebadon, que separan al Vierz de los llanos de Leon, una división, y la de Ballesteros en las montañas de Liébana rehaciéndose del desastre de Santander.

Los franceses, con objeto de distraer la atencion de nuestras fuerzas, se dividieron en dos cuerpos: el uno para seguir al Parque, y el otro para contener á las divisiones que dejaba

á su retaguardia. Mandaba el último el general Carrier, militar jactancioso, que se lisonjeó de poder atender á eso y rendir con sólo su presentacion á Astorga. Hizola el 9 de Octubre al frente de tres mil hombres con dos piezas de artillería. Reducíase la fortificacion de aquella antigua ciudad á unos muros con medios torreones de traza no muy ingeniosa y desmoronados á trechos por el tiempo. No tenia foso, estacada, ni resguardo alguno exterior, y además facilitaban el acceso tres barrios inmediatos al recinto. Sin embargo, el gobernador Santocildes, coronel del regimiento de Santiago, distribuyó oportunamente los ocho cañones que tenia, y los mil cien reclutas de que constaba la guarnicion; reforzó el recinto con los moradores, gente dócil y briosa; y cuando los franceses atacaron por la puerta del Obispo se encontraron con una inesperada resistencia. Niños y mujeres se presentaron en la muralla á rechazarlos. Carrier conoció entonces que su fuerza era insuficiente para rendir un pueblo entusiasmado, y se alejó de su vista mal su grado á las cuatro horas de fuego.

El otro cuerpo francés, ausente Ney en





Francia, iba á las órdenes de Marchand. Era superior el del duque del Parque en tres mil de los infantes y ochocientos de la caballería; y sin embargo, entretuvo en marchas y contramarchas á su contrario por las orillas del Aque-da, hasta que por fin resolvió presentarle la batalla en Tamames. Ofreciale esta villa ventajosas posiciones en las montañas de la sierra en que está asentada. Marchand, que habia retrocedido á Salamanca, nueve leguas distante, volvió á su encuentro reforzado hasta nivelarse con él: le acompañaban diez mil infantes y mil doscientos ginetes con catorce piezas de artillería.

Su embestida en tres columnas nos amenazó con una nueva derrota, habiendo llegado á desordenarse nuestra caballería y á perder algunos cañones; pero así el duque como su segundo D. Gabriel Mendizabal acudieron á tiempo de contener á los desbandados, y tales prodigios de intrepidez y valor hizo la Carrera, que reanimó al soldado, y convirtió la comenzada derrota en una brillante victoria. Porque el centro y la derecha se hazaron también á sus acometedores, y la simultaneidad del avance produjo el desorden que se manifestó en las filas enemigas y la necesidad de la retirada. Se volvieron á Salamanca con el quebranto de mil quinientos hombres. El nuestro fué de setecientos, contando los extraviados; falta pequeña, que reparó con exceso al día siguiente la incorporación de Ballesteros.

Con esto ni siquiera intentó Marchand detener á los nuestros en las orillas del Tormes, apresurándose á desalojar á Salamanca cuando supo que le cruzaban por Ledesma.

Celebráronse estas ventajas en España con grande júbilo creyéndolas precursoras de mayores triunfos. Los sucesos empero no trajeron sino nuevas desgracias, pareciendo condenado el pueblo español á no festejar seguidas dos victorias y á poner á prueba la magnanimidad de su patriotismo. Tales eran la organización, las excisiones y otras condiciones de nuestros ejércitos, que los triunfos no mejoraban su disciplina ni consolidaban su espíritu. La desgracia que llegó de súbito á enturbiar la alegría de la victoria de Tamames fué la derrota que

sufrieron en Ocaña los ejércitos de la Mancha y Extremadura.

La junta central, viendo á Wellington obstinado en no salir de sus acantonamientos en los linderos de Portugal, proyectó ejecutar por sí y con solo las fuerzas nacionales la reconquista de Madrid. Habia en tal pretension un patriotismo más honroso que discreto. Pensó que reprimidos los enemigos en Castilla por el del Parque, sería fácil la empresa dejando en Extremadura doce mil hombres del ejército que allí teniamos, para entretener á Soult, y enviando el resto á dar el golpe, unido al de la Mancha. El general D. Francisco Eguía, que habia sucedido á Cuesta en el mando, fué el encargado de llevarla á cima, el 3 de Octubre contaba ya en Daimiel prontos á obedecerle cincuenta y dos mil hombres con cincuenta y cinco piezas de artillería.

Por momentos aguardaba la junta la noticia de su movimiento y entrada en la capital cuando supo con asombro é indignacion que habian retrocedido á Sierramorena. Era Eguía hombre de ánimo irresoluto, á quien podia sorprender el enemigo anunciando enfáticamente planes cuya realizacion jamás intentaba. En Daimiel se estacionó tan indiscretamente que, antes de haber emprendido la marcha, ya se le habian impuesto y avanzaban contra él los cuerpos de Víctor y Sebastiani (día 12); con esto creyó que no le quedaba otro recurso que retirarse á toda prisa á Sierramorena: desde allí escribió pidiendo auxilios de todo género, dando á entender que su falta habia motivado la retirada. La junta, enojada, le hizo reemplazar por Areizaga, llamado poco antes del ejército de Aragon, donde se habia distinguido por su valor en la batalla de Alcañiz.

Algunas providencias que tomó al encargarse del mando, cierta actividad que le caracterizaba, su valor y la disposicion de bajar inmediatamente á los llanos de la Mancha hicieron renacer las marchitas esperanzas en los muchos que en Sevilla con sobrada irreflexion habian impelido á la junta á aquella desacordada empresa. Areizaga, sin embargo, era más un soldado bizarro que un táctico capaz de medirse con los dos mariscales franceses.



Emprendió la marcha el 3 de Noviembre llevando delante de sí á los enemigos, con quienes su vanguardia y la caballería sostuvieron algunos choques ventajosos en Dos Barrios y Ocaña, que los precisaron á replegarse al Tajo por Aranjuez. Pero en vez de forzar sobre la marcha cualquier obstáculo, paróse á buscar pasos laterales, que hicieron perder un tiempo precioso. Un furioso temporal encharcó los caminos y abatió al soldado; acudieron refuerzos al enemigo; y en breve fué necesario levantar los puentes que se habian echado ya en Villamanrique y replegarse otra vez á Ocaña, perdiendo alguna gente en un choque de caballería cerca de Ontigola (día 18).

Las fuerzas que aquí y en Aranjuez aglomeraron los enemigos, con las quemaniobraban por la derecha de nuestro ejército á las órdenes de Víctor, subian entonces á cuarenta y ocho mil hombres, fuerza poco inferior en número y muy superior en los demas conceptos á las nuestra. Pocos dias antes sólo contaba veinte mil. Siendo ya inevitable librar una batalla para pasar el Tajo, Areizaga determinó presentarla en Ocaña.

No pensaban los contrarios darla hasta que Víctor se hallase más cerca; pero un ataque nuestro á la division Laval situada en una meseta inmediata les obligó anticiparlo. Los acometidos rechazaron la embestida, y con tanto ardor se empeñaron en el alcance, que el resto del ejército francés tuvo que seguirles para evitar un rechazo que podia ser funesto en aquel llano, teniendo nosotros allí tan buena caballería. Retrocedió al principio nuestra línea con orden; luego una carga de Sebastiani contra la derecha la desconcertó precisándola á formar en cuadros; y por último la caballería de Merlin los desbarató y acuchilló haciendo rendir las armas á más de cinco mil hombres. Otra division que se retiraba aceleradamente fué alcanzada y rendida casi entera por la caballería de Milhaud. La dispersion que sufrió entonces nuestro ejército apenas puede imaginarse. Cada cual cogió por su lado arrojando armas y uniformes para no ser reconocido, y apenas iban cuatro ó seis juntos. Perseguidos hasta La Guardia quedaron á centenares pri-

sioneros, á veces de dos solos ginetes que los acorralaban. En fin, para formarse una idea de aquella espantosa catástrofe bastará decir que tuvimos más de cinco mil muertos y heridos, y trece mil prisioneros; que nos cogieron cincuenta cañones, treinta banderas, víveres, municiones. Los franceses apenas perdieron dos mil hombres entre muertos y heridos. Y hay que añadir que esta victoria la alcanzaron antes de la incorporacion de Víctor, es decir, con fuerzas considerablemente inferiores y en peores posiciones. ¡Como tal desastre! No faltó el valor en los soldados, ni jefes entendidos, valientes y pundonorosos: allí estaban Zayas, Jiron, Lacy, quizá los mejores oficiales superiores de España. El último, alma intrépida en medio del mayor peligro, cuando Laval avanzaba inaugurando la victoria, arebató en sus manos la bandera del regimiento de Búrgos, se abrió paso al arma blanca, y tomó un bataría. Atónitos quedaron los franceses de ver tanto heroísmo, y seguramente si entonces hubiera acudido la caballería, la línea se habria restablecido y tal vez ganado la batalla. La artillería maniobró también con suma maestría. Solo faltó una cabeza, sólo Areizaga no supo llenar su puesto. Mal formada su línea, se subió al campanario del pueblo para mirar como estúpido ó impasible espectador la batalla, confuso, desorientado, sin dar una disposicion ó dándolas contradictorias. Allí permaneció hasta que se acercaron los enemigos, y entonces se acordó de que ni sitio de retirada habia señalado; de suerte que sólo la memoria del punto de partida para aquella malhadada expedicion llevó á los dispersos hácia Sierramorena. Dos meses despues aún no habia reunidas las dos terceras partes de la gente desbandada, veinticinco mil hombres. Los consejos de guerra para los generales eran entonces, como de ordinario en España, una vana fórmula para sofocar el grito de la opinion indignada, y burlarla; pero en aquella ocasion se dió el escándalo de no llenarla siquiera, dejando seguir por algun tiempo en el mando á quien daba tan ru-do golpe á la causa nacional.

Orgulloso José de victoria tan señalada, en que habia tomado parte, se volvió á Madrid,





por cuyas calles entró á guisa de vencedor Romano, llevando en pos de sí á los prisioneros. La fortuna parecía convidarle á marchar sobre Andalucía, cuyas puertas no guardaba un solo hombre, pues Alburquerque con la noticia de la derrota se habia retirado de Puente del Arzobispo á Trujillo. No lo hizo, sin embargo, por considerar que así Alburquerque como Wellington podrian salirle al encuentro, y aun más que era antes indispensable destruir al duque del Parque, que, erguido con el suceso de Tamames; amenazaba por la parte de Castilla la Vieja.

Para coabyuvar á la empresa de Areizaga, habia ido á Medina del Campo en busca del enemigo (23 de Octubre). Replegóse éste á su vista á una altura inmedita á la ciudad, adonde le siguieron los nuestros. Desde ella cayendo de improviso una fuerza oculta sobre la caballería de la derecha, logró desalojarla y poner en peligro á la division de Ballesteros. Este lavó entonces la mancha de Santander. Repelió con firmeza las acometidas, y animó así la defensa de los demas puntos, siendo en todos humillados los franceses; quienes sobreviniendo la noche, se replegaron, para alejarse en seguida en busca de refuerzos. Los nuestros se sostuvieron en el campo de batalla hasta que la necesidad de alimento y descanso les obligó á volver al Carpio.

La noticia de la aciaga derrota de Ocaña, llegando entonces á ambos campamentos, cambió de repente su espíritu y sus planes: los vencedores emprendieron un movimiento retrógrado, y los vencidos partieron reforzados á su alcance. Se lo dieron el 28 en Alba de Tormes.

Está asentada esta villa á la derecha del rio cuyo nombre lleva, sobre la cual tiene un puente de piedra. El Parque, en vez de situarse en la márgen de mejor defensa, dejó en el pueblo casi toda su fuerza para resistir al enemigo, y sólo dos divisiones pasaron al otro lado. Además cometió la imprudencia de anticiparse en el ataque abandonando las ventajas de una buena posicion. El resultado fué ser puesta en fuga nuestra caballería, atropellar ésta á los infantes, y arrastralos en su desór-

den, perdiendo cinco piezas de artillería, ocasionando en el tumultuoso paso del puente un terror contagioso, y precisando al ala izquierda á formar en cuadro. Mandada por el intrépido Mendizabal, tres veces obligó á cejar á los jinetes franceses, hasta que una segunda derrota de nuestra caballería lo precisó á traspasar el rio, perdiendo cuatro cañones más. Las sombras de la noche detuvieron al vencedor en el pueblo, y á la mañana siguiente, cuando quiso consumir la victoria, ya no vió en la opuesta orilla á ninguna de nuestras divisiones. Aturdido el Parque, habia ordenado una dispersion por columnas; disposicion poco militar, pero que salvó nuestro ejército, porque los franceses no supieron á quién perseguir ó por dónde tomar: unos habian marchado á Tamames, otros á Ciudad-Rodrigo, y otros á Miranda del Castañar para ampararse de las sierras inmediatas. Al revistar allí su gente, halló el del Parque tres mil hombres ménos. A cuya pérdida hubo que añadir la de Salamanca el mismo dia de la batalla y el restablecimiento de la linea del Tormes por los franceses, tras lo cuales restituyó Kellerman á Valladolid.

Grande fué la pesadumbre que este revés causó en la nacion, porque veia ir desapareciendo una á una sus más sólidas esperanzas. Los ejércitos reunidos de Extremadura y la Mancha no existian; el de la derecha, arrojado de Aragon, se habia separado en sus elementos; el de la izquierda, aquellos floridos batallones que habian cooperado á la brillante campaña de Galicia, buscaban ahora su salvacion en las escabrosas montañas de la Sierra de Gata. Para hacer más sombrío el porvenir de la causa nacional, se supo entonces que el Austria habia firmado la paz con la Francia el 14 de Octubre, á consecuencia de la batalla de Wagram, y que Wellington, descorazonado, abandonaba las orillas del Guadiana para trasladarse al Norte del Tajo.

Pues en tanto que así caian todas las esperanzas, en medio de ese cuadro de ruinas, se destacaba un gran pueblo luchando solo contra la fuerza, la ciencia militar, el genio y la gloria del siglo: la inmortal Gerona.

Aragon, despues de la rendicion de Zaragoza,



za, quedó como sin vida: la cabeza habia sido separada del tronco.

Los franceses, conociéndolo, trataron de completar la conquista de aquella provincia; pero, inquietos é inseguros todavía ante los escombros de aquella gran ciudad, sólo enviaron de los dos ejércitos que la habian sitiado el que mandaba Mortier, quedando en ella el de Junot. Parecióles que con la ocupacion de Mequinenza, Monzon, Benasque y Jaca, por su situacion más que por su fortaleza, podrian tener sujeta toda la tierra que desde los Pirineos desciende hasta el Ebro. De Monzon y de Jaca se apoderaron fácilmente; no así de los otros dos puntos, cuya posesion les interesaba más por estar Benasque contiguo á Cataluña, en el confin del Norte, y ser considerada Mequinenza por su posicion entre el Ebro y el Segre, en su confluencia, como la llave del país por aquella parte. Las repetidas tentativas que hicieron sobre estos dos puntos fueron infructuosas (Marzo).

Por la opuesta vertiente del Ebro se dirigieron tambien á Molina para castigar á sus moradores por haber acometido y ahuyentado un destacamento francés; pero, hallando completamente desierta la villa, hubieron de volverse á los pocos dias sin otro resultado que la persuasion de que Aragon no habia sucumbido en Zaragoza.

Napoleon, que á larga distancia juzgaba las cosas de otra manera, por su orden regular, mandó que el 5.º cuerpo pasase á Castilla para incorporarse al ejército que Soult debia dirigir contra los ingleses, y quedase sólo en Aragon el tercer cuerpo bajo las órdenes de Suchet.

La eleccion era acertada, pues concurría en este hombre, con el valor del soldado y la pericia del general, la inteligencia del administrador y la bondad de carácter. Adorábale el soldado y hacíase querer de los pueblos conquistados.

En Aragon no sucedió así, tanto por el carácter de sus naturales, exaltado y firme en sus afectos de amor y aborrecimiento, como por las providencias que tomó la junta central para proteger aquel heróico país. Dispuso la formacion de un segundo ejército de la derecha, que se titularia de Aragon y Valencia, y tendria por

objeto molestar al enemigo en la primera de dichas provincias y preservar por aquella parte de una invasion á la segunda. Debia componerse de la division de Lazan, acuartelada en Tortosa, fuerte de cuatro á cinco mil hombres, y de las fuerzas que mandase la junta de Valencia. Esta, entregada á miserables rencillas, no envió más que los dos batallones que tenia en Morella á las órdenes de D. Pedro Roca; por lo que el nuevo ejército apenas tuvo más de la mitad de la fuerza que se pensaba.

Púsole la junta al mando de Blake, poco antes enviado á Calaluña al ejército de Reding; reconociendo su capacidad, á pesar de la escasa fortuna con que dirigiera la primera expedicion al Norte. Proponíase, hasta haber instruido y disciplinado sus nuevas tropas, limitarse á conservar las líneas que sobre el Algas y hácia Morella formó; pero varió de miras cuando, por la muerte de Reding, se le dió tambien el mando del ejército de Cataluña, y vió que se desmembraban las fuerzas enemigas con la salida del 5.º cuerpo á Castilla, y que los pueblos de Aragon, rehaciéndose de su primer abatimiento, indicaban deseos de levantarse contra los que con impuestos gravosos y malos tratamientos los oprimian.

Monzon fué uno de los que más se señalaron en esta reaccion del espíritu público, iniciada por la villa de Abelda. Sublevándose de improviso, expulsaron los moradores á la guarnicion francesa, y rechazaron con brío las expediciones que envió el enemigo para recobrarla, por ser un punto esencial en la dominacion del país. La guarnicion fúgitiva, compuesta de seis compañías, buscando por la orilla izquierda del Cinca un paso no cubierto por los paisanos, fué á caer en poder de los tercios de Perena y Bajet, que desde la provincia de Lérida habian acudido á proteger la insurreccion de aquellos pueblos.

Queriendo Blake protegerla tambien con mayor seguridad de buen éxito, se decidió á emprender las operaciones antes de lo que habia pensado. Con sólo su aproximacion á Alcañiz obligó á la gente del general Laval á concentrarse en las alturas de Hijar. Suchet, que acababa de tomar el mando, acudió á su socorro,